



EL ÁTRIO DE LA CATEDRAL DE CORDOBA.

(VULGO EL PATIO DE LOS NARANJOS.)

El átrio de la iglesia catedral de Córdoba, el mismo que perteneció á este grandioso edificio siendo mezquita, es digno de atención por sus dimensiones, amenidad y magnificencia.

De 642 pies que tiene de largo todo el edificio, 216 á la parte del Septentrion ocupa el átrio, y son los mismos de que consta su anchura de Norte á Mediodia: su largo de Oriente á Poniente es de 462, ancho total de toda la fábrica. Por este átrio se entraba á las diez y nueve naves de que consta la mezquita, las cuales no estando cerradas como ahora, la grandeza del edificio sorprendia toda junta á los que entraban por la puerta principal, ahora llamada del Perdon.

Arrimado á esta puerta estaba el alminar ó torre, grande y alto edificio que labró Abde-r-ramen III; y aunque fábrica árabe, mas tenia su forma de romana que de morisca, segun la noticia que nos ha trasmitido Ambrosio de Morales, que alcanzó á verla antes de su demolicion, pues fué casi del todo destruida para hacer la torre nueva. Hasta que se labró esta sirvió de torre del templo cristiano. Dió trazas para elevar la nueva torre el arquitecto Hernan Ruiz, que murió en 1547, determinando demoler el alminar hasta no dejarle mas que 103 pies y aumentando esteriormente su grueso. Llevó Hernan Ruiz muy adelante la obra; pero no pudo concluirla, y se hubo de suspender cubriendo la torre con un chapitel de madera, ochavado, de figura piramidal, y forrado de hoja de lata, sobre el que habia unas gruesas bolas de cobre de las que salia la veleta. Mas habiendo sido derroado este chapitel, y la torre tan maltratada por un terrible huracan y terremoto ocurrido el 21 de setiembre de 1389, que amenazaba ruina, acordó el cabildo repararla en 4 de marzo de 1595 conforme á la muestra y traza del maestro mayor Hernan Ruiz, y con aprobacion de Asensio de Maeda, maestro mayor de la iglesia de Sevilla. Se comenzó á demoler la torre antigua el día 30 de noviembre de 1595 desde la mitad, y jueves 4 de febrero de 1599 se subió la primer campana, aun sin haber hecho el cuerpo destinado para colocar el reloj, y la obra se suspendió en este estado por entonces para acudir á la de la capilla mayor nueva.

La fábrica de esta torre es de sillares de piedra franca; á escepcion

del zócalo en que asienta que es de jaspe azul. Su planta es cuadrada y tiene de ancho por cada frente de su parte inferior cuarenta y dos pies. Su altura es de 532, y consta de cinco cuerpos.

Las campanas son cuatro grandes y ocho medianas, colocadas en el tercer cuerpo, y una muy pequeña en el último. La mayor, que es la de Santa Maria, pesa mas de 400 arrobas; y son todas tan sonoras y de tan agradable y armónico sonido, que con dificultad se oirá un repique mas concertado, alegre y cadencioso.

En el cuarto cuerpo está colocado el reloj y sus dos campanas. Fué construido por Manuel Garcia Pinto en 1747, y la campana de la hora es la mas antigua de todas, pues se hizo en 1495.

Sobre la cúpula se eleva la imágen dorada de San Rafael, custodio de Córdoba, que tiene en la mano un bordon del que sale una pequeña bandera que sirve de veleta en que estan estas letras: MEDICINA DEI, y en el pecho tiene una lámina de bronce en que se dice cuándo se colocó allí, que fué en 24 de mayo de 1664.

Por todos sus lados menos por el del Sur, donde desembocaban las naves del templo, ahora cerradas, está el átrio rodeado de galerias ó soportales sostenidos de columnas y postes á trechos. Algunos han creído que estos soportales existieron en tiempos de los árabes; pero nosotros juzgamos que si hubo pórticos, se limitaron al espacio que ocupa cada una de las puertas laterales, pues las cuatro primeras columnas de los soportales como se sale de la mezquita, en todo son iguales á la de esta, y las demas muy diferentes; por lo que es de creer que estos soportales se prolongaron en tiempos modernos; pero no podemos determinar la época fija en que fueron construidos, aunque conjeturamos que el de la parte de Occidente, que es el mejor y mas primorosamente labrado, fué por lo menos restaurado en toda su estension por el obispo Don Martin de Angulo á principios del siglo XVI, pues se ven sus armas en él.

La puerta principal del edificio está frente del arco que, como dijimos, se llama de las Bendiciones, y era el que correspondia á la nave central de la mezquita en su primera planta cuando no tenia mas que once. Sobre este arco hizo el obispo Don Fray Juan de Toledo

6 DE MAYO DE 1855.

en 1353 una decoración de piedra con dos nichos en que se ve la Anunciación de Nuestra Señora, cuya imagen está á la derecha, San Gabriel á la izquierda, y en el centro un jarrón de azucenas.

Fué este átrio mejorado y adornado con dos de sus fuentes en 1599, y en 1740 se aumentó el agua de todas, y se le dió mayor peso, con lo que fué mas embellecido. Es indudable que estuvo poblado de árboles en tiempo de los árabes, pues uno de sus escritores del siglo XIII tratando de la mezquita de Córdoba dice así: «La aljama de Córdoba, restituíóla Dios al Islam, fué obra de los reyes Omeyas que la hicieron á competencia de la de Damasco: se entra en ella por un átrio espacioso lleno de árboles frutales, palmas y naranjos, con copiosas fuentes de agua que corre entre flores y yerbas debajo de los planteles para recuerdo de las amenidades del Paraíso.»

No es de creer se despoblase del todo este bello parque en tiempo de los cristianos; mas ya le faltarían algunas plazas cuando á principios del siglo XVI se plantó en él cierto número de naranjos, como testifica en su obra de agricultura Gabriel Alonso de Herrera. En el día pasan de ciento las plantas que tiene entre naranjos, cipreses y palmas.

Cuánta sea la celebridad de este átrio prueba el caso que refiere Don Antonio Ponz en su viaje de España. Hallábase en la posada de un pueblo próximo á Teruel cuando vió llegar seis ó siete hombres en arrogantes caballos, vestidos, como él dice, á la última majería, con sombreros blancos y armados de espadas anchas, los cuales al entrar en la posada dijeron á una voz: *alabado sea el patio de los naranjos*, salutación extraña, que de nadie fué entendida. Don Antonio Ponz, que tuvo por bandoleros á aquellos jaques, se puso en camino muy temprano para Teruel procurando alejarse de ellos; mas hallándose en esta ciudad, pasaron por delante de la casa en que estaba, y supo que eran toreros andaluces que iban á torear á Pamplona; pero aunque supo qué gente era la del saludo, no pudo resolver el enigma del patio de los naranjos hasta que vino á Andalucía.

LUIS MARIA RAMIREZ Y DE LAS CASAS DEZA.

## EL AMOR COMO ELEMENTO DE ARTE,

CONSIDERADO

en la poesía lírico-erótica de los provenzales.

### ARTÍCULO CUARTO.

Como todos sabemos, es la literatura la manifestación poética de los sentimientos é ideas del hombre. No perdamos de vista esta definición: es muy importante para resolver ciertas cuestiones literarias, y en particular eso de las literaturas populares y literaturas eruditas; ó en otros términos, la tan debatida y manoseada cuestión de los clásicos y románticos. Que los sentimientos del hombre rudo, tosco, ignorante, y sus ideas sean iguales á los sentimientos é ideas del hombre culto, instruido y hábil en la ciencia; es decir, que las manifestaciones de su actividad moral é intelectual tengan en el primero el mismo grado de desarrollo que adquieren en el segundo, esto es un absurdo, un imposible. Existe pues entre ambos tipos humanos y la clase que cada uno de estos tipos representa una línea divisoria. El terreno, el círculo social donde el uno se mueve, es radicalmente distinto del terreno y círculo social donde se agita el otro. Son dos mundos opuestos: dos elementos distintos como el agua y el aire, en medio de los cuales cada uno de ellos vive. Y esto no tiene nada de particular, nada de extraño. Las fuentes naturales, los manantiales de estos sentimientos, de estas ideas, no son, no pueden ser los mismos para ambos. Y como siempre ha habido y habrá esas dos clases de hombres de que hablamos, esas dos categorías sociales que son las únicas que nosotros reconocemos, esa aristocracia y democracia de los hechos metafísicos, siempre ha habido y habrá dos manifestaciones especiales distintas y bien marcadas de estos hechos. Siempre también ha habido y habrá dos especies de literatura, de ciencia, de arte, dos especies, en fin, de manifestaciones de la actividad moral é intelectual humanas: la de los hombres ignorantes é incultos y la de los hombres cultos y sábios.

Limitando ahora la extensión de nuestro raciocinio, reconoceremos igualmente en el vasto campo de la ciencia literaria—que lo es y mucho, y pese por ello á nuestros adversarios—dos manifestaciones independientes una de otra, particulares é individuales: la manifestación espontánea, libre, franca é ingenua del pueblo, de eso que llamamos *vulgo*, y la manifestación sujeta á reglas y leyes, humilde y esclava, artificial y compuesta, que no es otra que la manifestación elevada y

científica de la gente que llamamos *sábios*. Es decir, literatura romántica, de *roman* ó *romance*, de cuento y novela, y literatura clásica de estudio y perfección, de verdad pura y abstracta. ¿Cuál de ambas manifestaciones es la mejor? Lo ignoramos completamente. De esta, como de otras muchas cuestiones científicas, puede decirse aquello de Horacio:

*Grammatici certant, et adhuc sub judice lis est.*

Ambas tienen virtudes y atributos que nos las hacen igualmente recomendables. Ambas son útiles, necesarias, indispensables al arte, y contribuyen á su progreso y perfeccionamiento, cada una en su esfera y con los medios que halla á su alcance. Solo diremos, porque así cuadra á nuestro objeto, que la primera de estas dos clases de literaturas, la literatura popular, por esas mismas calidades de espontaneidad, sencillez y franqueza que nosotros le reconocemos, y creemos tiene en efecto, nos manifiesta con mas verdad y pureza los sentimientos de la humanidad. Porque el hombre natural y sencillo habla como piensa, y dice lo bueno como lo malo, y lo dice como se le viene á las mientes, como lo decía limpio y llano el Cid Campeador, sin anhelo de agradar y sin miedo de herir. En este hombre no hay duplicidad, no hay malicia; en su corazón no cabe un sentimiento falso, mentiroso, inicuo: en su mente tampoco halla cabida una idea engañadora y fraudulenta. Y consiste esto en que lo que sale del corazón del hombre que no ha aprendido á mentir—que para todo háse menester de un aprendizaje—es natural, puro y cristalino como el agua que mana de la fuente. De la abundancia del corazón habla la boca, dice oportunamente un antiguo adagio nuestro.

Este mérito de la sencillez es una propiedad de la literatura popular, que posee en alto grado la nuestra, y del que carece la erudita. Y no hay para qué negarlo: la propiedad especial de que hablamos da á la primera literatura una notable superioridad sobre la segunda. La superioridad de examinar las bases sobre las cuales descansa el edificio antes de pasar á averiguar las partes de que se compone y la armónica distribución de estas. Es la ventaja del principio sobre la consecuencia, del análisis sobre la síntesis. Es un hecho, el de sentimiento, uno, igual, permanente, originándose siempre de un mismo principio y por iguales causas, y manifestándose con casi iguales caracteres, puesto en parangón con otro hecho, que es el de la idea, misto, complejo, sujeto á accidentes y circunstancias, modificable y variable hasta lo infinito. Hé aquí cómo la literatura popular, naciendo del sentimiento, no de la idea, del corazón y no de la cabeza de un pueblo, es un hecho suyo, natural, libre y espontáneo, á la par que uno y permanente; porque es una verdad, hasta la saciedad repetida, que jamás varia ni se cambia esa serie de sentidos de un pueblo que forman su carácter moral. Podrán modificarse algun tanto, *accidentarse*, por decirlo así, y seguir como todo lo humano el lento y progresivo curso de las cosas; pero desaparecer ó sustituirse á otros, jamás. Esto está fuera de las leyes humanas. Si es cierto aquello de que *genio y figura hasta la sepultura*, no lo es menos, que en sentido opuesto, las ideas que tenemos hoy no son quizás las de ayer. Y la humanidad es el hombre.

En este sentimiento natural y perenne, tosco y rudo tal cual es, fundamos nosotros la literatura popular, el romanticismo, que colocamos en el Paraíso terrenal, en las primeras palabras de nuestro padre Adán. Y no ha de extrañarse nadie que nos riamos á carcajadas cuando se nos señala el nacimiento del romanticismo moderno en la literatura francesa, por ejemplo en Victor Hugo: que antes de Victor Hugo está Rabelais, y antes que Rabelais estan en el mediodía de la Francia los trovadores y en el norte los *trouvères*. Eso de *predicar* por ahí que todas las literaturas nos presentan tres épocas: la época de la literatura popular, ó sea su nacimiento: la época de la literatura erudita, ó su formación, y la época de fusión de ambas y predominio de la erudita, ó su constitución definitiva, todo eso que por ahí se dice es una solemne vulgaridad. La misma ó poco mas ó menos literatura popular, y para nosotros romántica, existe hoy en nuestra España, y en el año 55 del siglo XIX, que existía en nuestro suelo en los viejos tiempos de Fernán González y del Cid. La diferencia está en una cosa tan solo: que ahora solemos conocer y aun designar con el dedo los autores de la literatura popular, al paso que nos son en su mayor parte desconocidos los autores de aquella antigua literatura.

Nada mas fácil que comprobar con un ejemplo esta verdad. ¿Qué representa el teatro en nuestra moderna literatura? Lo que los antiguos romances: la vida pública y privada de la sociedad bajo todas sus facetas y aspectos. El teatro moderno, como el antiguo romance, son sin duda alguna de todas las manifestaciones literarias del arte, la mas sencilla y llana, la mas familiar ó ingenua. Mas en la época en que se escriben los romances en España, ¿no existe también otra manifestación artística mas severa y elevada, mas artificiosa y compuesta? ¿Y cuál es esa manifestación? La manifestación erudita, la manifestación clásica greco-latina. Así que, mientras en el siglo XVI,

Lope de Vega, Quevedo, Góngora, Esquilache, Linao y otros mil poetas amenguan su elevada y á veces colosal estatura hasta reducirse á la talla comun de los poetas populares, y escriben romances para el pueblo y se unen y asocian á él; mientras eso pasa por un lado, por otro Garcilaso, la Torre, Rioja, Herrera y los poetas eruditos hacen versos á veces á lo Petrarca, con frecuencia á lo Pindaro, á lo Horacio y á lo Virgilio: y fray Luis de Leon, tan sublime poeta como eminente prosista, al escribir en castellano sus *Nombres de Cristo*, su *Perfecta casada*, su *Exposicion del libro de Job*, pide humildemente *perdon* á sus lectores de hacerlo en una lengua que no es la latina.

Hé aqui pues la manifestacion clásica del arte caminando desde el principio al lado de la manifestacion romántica, luchando constantemente con ella, venciendo ó siendo vencida, elevándose en el siglo XVI, aunque por distinto camino, á la misma altura en que esta última se halla. Y cuenta que este siglo XVI es entre nosotros el siglo de oro de la literatura popular. Pero ¿y á qué remontarnos hasta pasados siglos? ¿No nos ofrece el teatro moderno, como ya lo hemos apuntado, esas dos diferencias de manifestacion artistica que constituye las diferencias de literatura de que venimos hablando hace ya mas tiempo de lo que hubiéramos deseado? Y en el actual arte dramático español ¿qué representan ahora entre nosotros, por ejemplo en Madrid, los teatros de la Cruz, del Principe, de Variedades por un lado, y los de Union, Génio y plaza de la Cebada por otro? Al hombre de bien, al *bonus vir*; —y sin alusion— al pobre diablo en fin que vaya de buena fé, lisa y llanamente á estos teatros, ¿podrán exigírsele acaso los mismos grados de educacion artistica, ó mejor dicho estética, que al critico inteligente, al sesudo Larra que sienta su altiva planta en estos últimos? No es esto decir sin embargo que los que asisten á los teatros mas puestos en arte sean todos inteligentes y Larras: que después de la muerte del sábio critico de *Anthony*, el *Trovador* y *Los amantes de Teruel*, los virtuosos dramáticos son tan raros como á la presente los dias de bonanza. En cambio, á la limpia y pura raza de los Larras ha sucedido la bastarda y sucia de los pollos, con el apéndice generador de gallos, que á falta de inteligencia tienen osadía y balbucean disparates. Lo cual prueba, en último análisis, que si en unas cosas la humanidad progresa, en otras retrocede espantosamente.

Pero en fin, aunque el sábio no apruebe y el necio aplauda, como dice el fabulista, lo cierto es que existe grande, notable diferencia entre los teatros elegantes y los teatros rústicos: diferencia que prueba lo que decimos de las dos clases de literaturas existentes en los modernos como en los antiguos tiempos.

Establecido esto, con toda la latitud que requiere la abundancia de razones necesarias al apoyo de una idea nueva, siquiera sea esta de suyo clara y evidente, pero que tenga que luchar con otras ya acreditadas, y sobre las ruinas de estas asentar su trono, conveniente y por demasiado justo es ahora, que á la literatura provenzal y en el exámen de la manifestacion épica de esta literatura, apliquemos los nuevos principios que acabamos de proclamar.

Esas dos distintas y opuestas manifestaciones del sentimiento y pensamientos humanos que reconocemos en todos los pueblos y en todas las literaturas, se hallan igualmente en la provenzal. Es un hecho incuestionable y cuya existencia nos parece haber explicado ya satisfactoriamente. Las dos primeras manifestaciones literarias de que hemos hecho mencion en los anteriores artículos, las manifestaciones lírico-erótica y satírica pertenecen desde luego á la literatura erudita. El trovador de Provenza no es un cualquiera, un *quidam* que deseoso de vida holgada y aventurera, deseoso de *vivir sobre el país* como se dice vulgarmente, abandona sus hogares y se lanza alegre á gozar del mundo. No: en Provenza no habian aun llegado en aquella época las cosas al mísero estado en que ahora las vemos. No: aun habia en aquellos hombres mas decoro, mas dignidad, mas pudor que entre nosotros. Aun no se *sentaba plaza* de trovador, como ahora se sienta de escritor, de literato, de periodista, de hombre público.

Para ser verdadero trovador, es decir, para ser poeta, era preciso ser hombre instruido y culto: se necesitaba una série de estudios formales, una educacion literaria completa: el que antes de adquirir el honroso título de trovador se sentia animado del sacro fuego de la poesia, del fuego que para ellos arde en los impuros altares de la madre Venus, como dice Lucrecio, acudia presuroso á las numerosas escuelas clericales ó monacales, únicas existentes en Provenza en esta temprana edad, y cursaba sus años de carrera poética. Estudiaba lo que entonces era costumbre, la gramática, la retórica, la dialéctica, la música, la poética, la aritmética, la geometría, etc., etc., ó en términos escolásticos, el *trivium* y el *quadrivium*. Templada de este modo su musa poética al doble fuego de la inspiracion y de la ciencia, desarrollado y educado su númen por medio de esta, se hacia mas fecundo y adquiria mayor vigor y flexibilidad. Y nada prueba tanto lo que decimos acerca de los estudios y erudicion clásica de los trovadores como la metrifcacion de que usan en sus poesías.

El carácter principal de esta metrifcacion es la rima y sus infinitas y caprichosas combinaciones; y sabido de todos es que la rima ha pasado del latin á las literaturas modernas. Eso que dice por ahí esa insipiente turba de artificiales eruditos, de que la literatura árabe ha pasado toda entera con armas y bagajes á la provenzal, que la ha formado y educado cual si fuera un tierno infante, y le ha infundido, como suele verificarlo el que enseña en el que es enseñado, sus ideas y la forma que las visle, todo eso es un disparate, un error. A quien nos dice semejante paparrucha le contestamos con aquello de que *á otro perro con ese hueso*. De que los provenzales hayan cantado los placeres del amor y del campo y las galas de la bella naturaleza, y lo hayan cantado con frecuencia en versos octosílabos, no puede, no debe inferirse que lo han hecho á imitacion de los árabes: que esto equivaldria á asentar que descienden por línea recta de la literatura arábica todas las demás literaturas de Europa. Y esto no: *esto es turco y no lo creo*.

(Continuará.)

ANTONIO DE AQUINO.

## RECUERDOS ORIENTALES.

### I.

El que haya tenido ocasion de visitar las vecinas costas africanas, desde Tánger hasta Trípoli, y especialmente los centros de poblacion beduina que se hallan en el interior de las regencias de Marruecos y Trípoli, y en lo que hoy se llama Argelia; y antes ó despues haya observado las costumbres de los hombres que habitan en nuestros pueblos y aldeas de Andalucía y Murcia, con especialidad en las asperas de los montes y sierras, habrá notado los infinitos puntos de contacto que se hallan en las costumbres de ambos pueblos; costumbres que, aplicadas hasta á la diferencia de creencias religiosas, guardan grande armonía, si bien por esta causa han desaparecido de entre nosotros las repugnantes escenas á que da lugar la poligamia y el desenfreno de las pasiones, halagado por las funestas máximas del Koran. Sin embargo, los árabes de hoy conservan la misma urbanidad que les aconsejaban sus *Tolbas* en los tiempos que habitaban las fértiles campiñas de Andalos (1), y en su trato social ofrecen la misma sencillez, las mismas particularidades que distinguen á nuestros campesinos de los puntos que hemos referido. Parece que hasta el traje guarda completa semejanza para acercarlos mas al sinil que nosotros encontramos, porque en efecto el uso de los sarauels ó calzoncillos blancos que se conserva en mucha parte de Andalucía, y en las huertas de Murcia y reino de Valencia, es el mismo de los árabes, apellidando tambien *sarauel* á esta parte de su vestido. La faja ó ceñidor con que se sujeta á la cintura este calzoncillo, es tambien prenda indispensable en el *beduino* que se dedica á la agricultura y á la guarda de ganados: la manta abigarrada de nuestros andaluces y murcianos y las de cuadros de los valencianos y alicantinos, son el *jaic* de los musulmanes; y hasta el nombre que lleva esta manta en alguna de las poblaciones de Andalucía es conservado del que tuvo el *jaic* en los mismos puntos durante la dominacion sarracena: llámase en Almería y su comarca *jaldá* á una manta larga, cosida por medio y por una de sus puntas que sirve para abrigar al hombre, para cubrir con ella al caballo, y para conducir viandas ó frutos de los campos; y nosotros hemos visto que en las tribus que habitan las inmediaciones de *Máscara* y *Sidi bel Abbas* en Argelia, que descienden con orgullo de los Gómeles y Zenetes de Granada y Almería, llaman á sus *jaiques* abigarrados *jaic-el-Juldi*. Esta denominacion se encuentra en un autor árabe aplicada á los vestidos que se tejian en Almería, y que por su mucha duracion se llamaban *Juldi*, que es lo mismo que eternos. La costumbre de llevar siempre la cabeza cubierta, bien con un pañuelo á guisa de turbante, bien con un gorro de lana ceñido enteramente al cráneo, en términos que esta costumbre se halla recibida como indispensable para la higiene, es derivada en nuestro juicio de la disposicion musulmana que ordena llevar siempre la cabeza cubierta, ya con el *gimaama* ó turbante, ya con el *schaschia* ó gorro encarnado.

Creemos que no deja de ofrecer interés la comparacion de las costumbres de ambos pueblos, tal como se advierten en la actualidad, y por lo mismo vamos á presentar los puntos en que guardan mas semejanza, y que tienen relacion con la urbanidad y trato social de nuestros campesinos, á quienes no dudariamos en llamar *beduinos* de nuestra patria, si esta voz fuese por todos aceptada en su verdadera significacion, que no es otra que habitante de una region separada de las poblaciones; voz que equivale á la de *serrano* entre nosotros, porque se aplica al hombre que habita la sierra, separado algun tanto de los pueblos á ella cercanos.

(1) Nombre que daban á España los árabes.

Lo que mas fuertemente se halla arraigado entre nuestros labradores es la idea religiosa, por lo cual no hacen cosa que no vaya acompañada de alguna palabra ó de algun gesto que indique que aquella accion necesita de la voluntad de Dios para que sea perfecta. No se hablarán de seguro dos campesinos sin que la primera palabra de la salutacion sea *Dios te guarde*, en vez de *buenos dias*, que se acostumbra entre gentes de mas cultura; asi como tampoco se encontrarán dos musulmanes sin darse el consabido *Salam G'alaic* que equivale á aquella frase. No responderá un lugareño á una accion de reconocimiento por la palabra *gracias*, de las gentes acomodadas, sino que pronunciará el *Dios se lo pague*, ó *Dios se lo aumente*, locucion que traduce literalmente el *lag'atsec-al-lah* de los beduinos.

Difícil será que cualquiera persona regular, aun de poca representacion en los pueblos, deje de ser saludado á su paso por todos los que se crean inferiores á ella, sea en fortuna, sea en conocimientos, ya se emplee la palabra de vaya usted con Dios, ya se use de un signo de cortesía; y entre los árabes sucede puntualmente lo mismo, oyendo el *salam g'alaic*, ó dirigiéndose el inferior á besar la mano del superior, ó besando la frente ó la espalda de este si es persona que se halla constituida en dignidad, ó que pertenece á los hombres respetables por sus virtudes, á quienes unos apellidan *Marabus* y otros *Tolbas*, pero que ocupan el lugar de sacerdotes.

En una reunion cualquiera se presentará un campesino, y la primera palabra será la salutacion con Dios para todos los circunstantes, á la cual todos responderán, interrumpiendo por un momento la conversacion; y esta costumbre es tan fielmente guardada entre los africanos, que involuntariamente se les desliza el *Salam g'alaicum*, salutacion en plural, y el *ua g'alaic es salam*, que es la devolucion de la misma salutacion, correspondiente á nuestro *y á ti tambien*.

En medio de las conversaciones de nuestros labradores se oyen infinitas interrupciones, bien para dar gracias á Dios, bien para interponer su influjo en el resultado de las narraciones que los ocupan; y estas palabras que podremos llamar sacramentales, las oímos constantemente en boca de los adoradores del islamismo. No dirá jamás un musulman *hoy lloverá*, si no añade *si Dios lo permite*; así como nunca dirá *disfruto de salud*, si no perfecciona la frase con el *hamdu fil-lah*, por la gracia de Dios. Al hablar de las cosechas y de los campos, nuestros labradores añaden siempre el influjo del poder de Dios en su buena ó mala calidad, en su abundancia, ó en su pérdida, y el beduino jamás dice que ha tenido una cosecha en su campo, sino que Dios le ha concedido el fruto de sus tierras. Podrá decirse que todas estas ideas hallan su fuente en nuestra sacrosanta religion, que como única verdadera contiene los principios saludables en que se han basado las demas sectas que otros pueblos profesan. Nosotros conocemos que en efecto el origen de estos pensamientos se halla con mas arraigo en el catolicismo; pero como advertimos que otros pueblos tienen costumbres diferentes, sin que hagan tanto uso del fanatismo religioso, y sin que por eso dejen de pertenecer al gremio de nuestra querida iglesia, creemos que se reflejan mas los usos de nuestros labradores en la tradicion de nuestros antepasados los árabes, tradicion que este pueblo ha conservado lo mismo al través de doce siglos.

En otros artículos continuaremos nuestras comparaciones, en las diferentes escenas de la vida social y doméstica de ambos pueblos.

MANUEL MALO DE MOLINA.

## ÓRGANOS MECÁNICOS CON CILINDRO,

RELOJES ORGANIZADOS Y ÓRGANOS ESPRESIVOS, ETC. (1).

Todo lo que precede se refiere á los órganos propiamente dichos, á los órganos con teclado manual, que se tocan al modo de un piano. Pero la industria del hombre ha conseguido sustituir á las manos y pies del organista un mecanismo ingenioso movido como el de un reloj, ya sea á favor de un muelle ó de un peso, y por este medio se puede aun producir un efecto equivalente al de una orquesta entera de instrumentos de viento. Todas las personas que hayan tenido curiosidad de mirar por dentro un organillo de pájaro, ó bien uno de aquellos órganos portátiles y ruidosos que con tanta frecuencia cierta raza de músicos ambulantes pasean por nuestras calles, habrán podido observar que su principal agente es un cilindro guarnecido en toda su superficie con puntas y puentes de alambre, movido á favor de una rosca y de un manubrio que mueven simultáneamente un fuelle. Las

puas de alambre, dispuestas de modo á ofrecer una fiel escritura de todos los signos musicales de la toaca, imprimen al teclado colocado encima los mismos impulsos que recibiría por los dedos de un organista. Si en vez de ser impulsados mediante un manubrio y el brazo del hombre, cilindro, fuelle y teclas se mueven á favor de un rodaje de relojería con muelle ó peso, resultan aquellas admirables máquinas llamadas vulgarmente *relojes de música*, ó mejor *relojes organizados* ú *órganos mecánicos*, pues que el reloj que las adorna lo mismo que las figuritas son un accesorio á esta clase de artefactos. En la parte del gran ducado de Baden que se llama comunmente Selva Negra, no lejos de los manantiales del Danubio, es principalmente donde se construyen todos aquellos relojes organizados, tan conocidos en el día hasta en América, y que adornan nuestros cafés y horchaterías. Solo de unos 46 á 48 años á esta parte han recibido estas ingeniosas máquinas la perfeccion de que gozan en el día, pues antes estaban reducidas á un juego sencillo de flautas de madera ó de estaño, ó cuando mas á dos registros que era necesario abrir y cerrar con la mano. En los relojes organizados modernos, al contrario, hay varios registros imitando diversos instrumentos de viento, que se abren y se cierran por accion de mecanismo propio. Es admirable el modo con que el arte mecánico ha llegado á perfeccionar progresivamente esta clase de industria; desde el organillo sencillo de pájaro con manubrio del precio de tres duros, hasta el gigantesco Panharmonicon, que imita toda la música militar y se vendió en 150,000 francos. Entre los diversos relojes organizados modernos que desde el año 1850 adornaban los principales cafés de esta corte, se deben distinguir por la brillantez de sus voces y la perfeccion del mecanismo, las obras maestras de los hermanos *Blessing* conocidas y apreciadas en toda la Europa y hasta en los Estados Unidos de América. Tal es principalmente el órgano magnifico con sus doce registros y catorce cilindros de sinfonías, que los inteligentes flarmonícos oyeron en el año 1850 con tanto gusto en el local del teatro de Buena Vista, calle de la Luna, donde lucia algo mas que en el café nuevo (boy del Iris) de la calle de Alcalá donde se colocó en seguida por algun tiempo. El dueño actual de este hermoso instrumento es el señor D. Francisco Orlando. La mayor parte de dichos relojes de música fueron vendidos por el relojero alemán *Hofmeyer*, que vive en la calle de la Cava Baja, y posee todavia un hermosísimo instrumento tan perfecto como el anterior y mas moderno, adornado con un cuadro de mérito, y cuyos efectos manifiesta á los aficionados con la mayor complacencia. Sin embargo, para completar la orquesta de instrumentos de viento faltan en dichas máquinas la trompeta, el bombo y platillos, que me acuerdo haber oido en algunas otras análogas de mayores dimensiones, y principalmente en el citado *Panharmonicon*, que se manifestó en Paris por primera vez en 1807 y que he vuelto á ver amplificado en 1823, cuando su constructor el ingenioso maquinista alemán *Maelzel* se lo llevó á Londres. El Panharmonicon es una máquina elegante de 14 á 15 pies de alto, vistosamente adornada con las figuras de los diversos instrumentos que componen la orquesta militar, cuyos efectos imita tocando con una precision y espresion admirables varias sinfonías de Hayden, Mozart y otros maestros famosos. Su teclado de acero de 152 teclas hace tocar 420 instrumentos imitando una orquesta de sesenta músicos. Tiene cinco rodajes, dos fuelles y once cilindros. El laborioso autor construyó sucesivamente cuatro instrumentos semejantes. El mas perfecto existe en Paris y pertenece á Mr. *Delessert*. Otro se halla en poder del principe de Leuchtemberg en Munich; el archiduque Don Carlos de Viena posee el tercero; y el cuarto fué vendido en 150,000 francos á la ciudad de New-York en los Estados Unidos de América. El ingenioso artista *Maelzel*, muerto en 1823, está conocido por otras varias invenciones, y principalmente por el *metronomo* que anda en manos de todos los profesores de música, y un autómatas bailarín de maroma y otro autómatas jugador de ajedrez. El mismo acertó el primero con la embocadura verdadera de la trompeta por mecanismo de lengüetería, como se acordarán aun muchas personas cuando en el año 1820 el fisico *Robertson* acompañado del indio (mulato parisiense) *Cosoul*, trajo á Madrid su autómatas trompeta que tuvo el honor de manifestar á presencia de la familia Real. En el número 69 del interesante periódico francés intitulado *L'Illustration* del año 1846, hallará el curioso lector un hermoso diseño de este magnífico instrumento.

El *Comptium*, que en la misma época se manifestó igualmente en Paris, es otro órgano mecánico tambien de construccion alemana, bastante análogo al anterior, algo menos grande, y tocando tambien con la mayor perfeccion sinfonías y otras piezas de música de varios maestros hasta Rossini inclusivamente, haciendo oír igualmente todos los instrumentos de viento, con bombo y platillos, pero con menos estruendo que el Panharmonicon. El célebre pianista *Moscheles* escribió sus brillantes y dificultosísimas variaciones militares espresamente para esta máquina, cuyo nombre recuerda cierta charlatanería. Pretendian en efecto que el instrumento mismo era capaz de componer variaciones sobre los temas que se le propusiese; pero los inteli-

(1) La mayor parte de esta segunda parte se halla (*mutatis mutandis*) en los números 341 y 342 (año 1851) de un antiguo periódico muy conocido á la sazón con el título de *Correo literario y mercantil*, á cuyos redactores yo habia comunicado dicho artículo bajo el pseudónimo de *M. Lófio*.

gentes bien sabían que todas las piezas de música que tocaba se hallaban notadas ó picadas de antemano en los cilindros, como sucede en todas las máquinas análogas. Críticos hubo que extrañaron poco el que hubiese máquinas compositoras, habiendo en el día tantos músicos meras máquinas.

El célebre artista *Blessing*, en el gran ducado de Baden, construyó también otra máquina gigantesca de música que llamó *Orquestrion*, la cual por sus dimensiones y efectos debía ser bastante semejante á las dos anteriores, y cuyo precio subió á cerca de doce mil pesos duros. Además de las muchas sinfonías y otras piezas de música que tocaba espontáneamente después de haberle dado cuerda, goza dicha máquina de la preciosa ventaja de poder ejecutar en ella á favor de un doble teclado todo lo que se quiere como en un órgano manual regular. Esta particularidad me recuerda una de las empresas mas gigantescas y mas raras de este género, que ejecutó antiguamente un organista de Arlés en la Francia meridional. Mandó construir un rodaje con unos treinta cilindros enormes que aplicó al teclado principal del órgano grande en la catedral de dicha ciudad. Se había notado en los cilindros cantidad de sinfonías, fugas, misas y otras piezas de música sagrada y profana, y el organista no tuvo otro cuidado que tirar los registros convenientes y cambiar los cilindros. Este precioso órgano, que podía ejecutar mas que dos organistas hábiles, fué destruido á principios de la horrosa revolución francesa del siglo anterior.

(Continuara.)  
JUAN MIEG.



(Mad. de Pompadour.)

## LA CORTE DEL ALMIRANTE.

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

POR D. VENTURA GARCÍA ESCOBAR.

### LIBRO PRIMERO.

#### CAPITULO VII.

(Conclusion.)

—El duque obró con hidalguía y generosidad acogiendo á los buenos en la desgracia y la flaqueza. Y el cardenal, que no siente hervir en sus venas la generosidad española, se vengó mezquinamente, des-

haciendo sus esperanzas de felicidad y arrebatándole el idolo de su corazon.

—Vais demasiado lejos, y hablais con la pasión y no con la razón.

—Estoy con el dedo en la llaga. Pero no es todo el mal para mi señor. Pues por lo que hace á la cuenta pendiente con su eminencia realista, me pienso que ha de cobrar con las setenas. Y en cuanto á sus puridades con la melancólica condesa, la cartera de antes dice mas de cuanto nos conviene saber.

—Elvir, Elvir, no vayais á dar en imaginaciones temerarias sobre el recato de una dama sin ventura.

—Quédese cada una en su lugar, y dad cima á vuestro encargo, cual cumple á un servidor canoso y bien quisto; que de lo demás Dios dirá.

Callaron ambos interlocutores, quedándose embebecidos en diferentes pensamientos. Elvir, conseguido su objeto de arrancar al escudero el secreto de su mensaje, y con él, por racional discurso, la mediación de la condesa en los intereses del duque, se prometía con este cabo caminar al lado de su señor por el arriesgado laberinto de la misteriosa aventura. Y Mendaya, preocupado con las reminiscencias de este dialogo, solamente deseaba deshacerse cuanto antes del insinuante y peligroso doncel. No obstante, ya que la suerte había depurado su encuentro, proponíase sacar partido de él, para procurarse la entrada en Tordehumos sin riesgo ni mal paso. Pues como los tiempos eran de guerra, y la villa el cuartel general del de Giron, además de su residencia ordinaria, guardábanse sus muros y portillós con celosa exactitud, y no era cosa de poco momento penetrar en aquellos reales sin ciertos pormenores que no podían cuadrar á la misteriosa misión y necesario incógnito del disfrazado escudero. Determinóse pues á valerse del pajeillo, puesto que la condesa había encomendado á su discurso el modo de introducirse en la bien guardada plaza, y cobrarse así del secreto que se dejara arrancar mal de su grado é intencion.—Ocupábase en la manera de entrar al jóven por el particular, y devanábale la no muy fecunda mollera, cuando aquel le vino á poner en la mas apetecible coyuntura, tornando así á la plática:

—Razon es, mi viejo camarada, que me manifieste obligado á las confidencias que os he merecido, y holgárame de una propicia y no tarda ocasion.

—El escudero vió el cielo abierto, como decirse suele, al oír este ofrecimiento, y se decidió á aprovecharle con franqueza patriarcal.

—De hombres honrados es por cierto, contestó á renglón seguido, acorrerse mutuamente; y en Dios y en mi ánima, os favorece vuestra voluntad tanto mas, cuanto pudiera bien ocurrir el ponerla á prueba antes de lo que pudierais imaginar.

—Siempre que esa prueba no se oponga á lo que todo bien nacido debe á su fé y á su señor...

—Al contrario, Elvir; pudiera redundar en su mejor servicio y aumento.

—Todo soy oidos.

—La cosa es breve y compendiosa. ¿Me proporcionais la entrada en Tordehumos, por vuestra cuenta y riesgo, hasta la persona de vuestro amo?...

—¿Para quién?...

—¿Escusada pregunta!... Para mi señora doña Ana de Cabrera, condesa de Módica, etc., etc.

—Eso es hablar en razon.

—¿Bien caro os dais, cuerpo de tall...?

—Yo me entiendo, y Dios me entiende. ¿Y por cuánto tiempo habeis de estar en la villa?...

—No lo sé.

—Ni yo comprendo.

—Vengo á las órdenes de don Pedro Giron.

—No hablemos mas del asunto. Corre de mi cargo el buen éxito de vuestro mensaje. ¿Os toca tan solo callar y dejarme decir!

—Esto de contado cae en un pozo.

—Tan hondo y oscuro como las calderas de Pedro Botero.

—Es negocio concluido.

—Amen.

A corto rato después llegaron nuestros dos caminantes á los muros de la villa, y tomando la derecha, se deslizaron en busca de una poterna que aun se ve hoy en la cortina mas próxima á la vetusta y amenazadora fortaleza.

#### CAPITULO VIII.

##### TOROS Y CAÑAS.

Mientras la condesa calcula los resultados de su confesion, el almirante espera la respuesta del padre definidor provincial, y este en su solitaria celda combina los sutiles hilos de la madeja de su ambicion, bueno será engañar el tiempo del modo mas sabroso y entretenido. No creemos pues haya otro mas á gusto de nuestros lectores que

ponerles de manifiesto el cuadro de las cosas que por los tiempos de nuestra crónica pasaban en la conturbada y animosa Castilla, en cuyo panorama juegan algunas figuras que tienen repartido papel en esta desballada narración.

Necesario ha de ser y por conveniente entendemos para el caso, tomar los sucesos desde un poquito más arriba, aunque hayamos de echar un cuarto á espaldas en achaque de historia, sin ofensa del padre Mariana y demás, que no hay por qué mentar. Al efecto, y con permiso de quien darle pudiere, nos hemos de poner serios por unos cuantos minutos; pues de cosas vamos á tratar que mas son para sentidas con el corazón, que para celebradas con frívolo y distraído labio, y cuyo tenaz recuerdo aun nubla la frente espaciosa y altiva de las gentes en los hogares castellanos.

Logrado que hubo el emperador enajenarse las voluntades de los pueblos españoles, y cuando á fuerza de provocaciones insensatas hizo que, gastada su mesura y sufrimiento, rompiesen el freno de obediencia y de abnegación, la chispa eléctrica inflamada en Toledo y Valladolid, por el choque entre la tiranía y el patriotismo, convirtiéndose muy presto en intensa y poderosísima hoguera, que iluminaba con su rojo vapor, llevado por el soplo magnético del entusiasmo, hasta las mas retiradas chozas de nuestros montuosos y solitarios confines. Levantáronse pues las comunidades; el pueblo se vió sin rey, el monarca sin vasallos; el estado entregado á sí mismo; alzáronse banderas; partieron los campos, y echóse mano de la última razón, de la guerra. ¡Oh!... Si en este lugar fuera del momento una diversion acerca de las causas inmediatas y ocasionales de aquel grande acontecimiento, quizá hiciéramos algunas indicaciones que pudieran no ser del todo perdidas. Pero como nuestra condicion no alcanza á las alturas de la filosofía historial, continuaremos haciendo saber que cada una de las partes beligerantes se dió buena prisa para poner de su lado la fuerza de la razón, que en tales extremos siempre está en razón directa de la razón de la fuerza.

Contaba el emperador, ó mas bien sus áulicos y allegadizos, con cierta fracción de la nobleza, una parte del clero, ó mejor la aristocracia de bisopo y de cogulla, y alguna otra gente de menor valer. No era poco. Pero eso y mucho mas nada significaba ante el aspecto airado de la nación, fuerte con sus leyes seculares, y ante la explosión del sentimiento de independencia, de honra y de dignidad, que resonaba en todos los pechos, que gritaba en todas las conciencias, que dominaba en todos los instintos. Así es que todas las ciudades alzaban formidables sus rastrillos; las villas hacían sonar el rebato á campana herida; los señores sacaban al campo sus mesnadas; los pecheros abandonaban el arado y el sayal, por empuñar la pica y vestir el arnés. Y donde antes sonaba únicamente la sencilla y melancólica tonada del labriego, perdida por verdes y sonoras vallejadas, ahora retumba el eco de la calamidad y de la destrucción, cual suele después de un tranquilo día de verano resonar la tempestad rápida y vibrante por los anchísimos senos del espacio. El emperador no vió, ó no pudo acaso ver en tan graves amagos, mas que una nube pasajera y fácil de disipar. Pero al paso que se adornaba en tan necia confianza, la tormenta se fué condensando sobre el horizonte, los vapores de la pública indignación apagaron la luz de los discursos, y estallando el torbellino del descontento, en un mismo punto brilló el relámpago, crugió el trueno y ardió el rayo, para abatir á los fuertes y ensalzar á los humildes como instrumento del Señor.

Una vez recogido el guante por la nación, los flamencos se vieron precisados á comparecer en el palenque tan loca y villanamente abierto por su dañado corazón y torpísimas artes. Don Carlos, desentendiéndose por razón de estado, ó por otra cosa acaso muy conocida en el mundo, de la queja unánime de sus pueblos y de la perspectiva siniestra de la república, dejó las playas españolas, yéndose á esperar en los Países-Bajos la solución de un trance que inauguraba muy tristemente su nombre, su reinado y su dinastía. Pero antes de su partida, cual si hubiera querido poner las cosas en el peor camino posible y hacer un impracticable todo medio racional, nombró por gobernadores al arzobispo cardenal, al nunca bien loado tudesco Adriano de Utrech, es decir, al hombre mas idóneo y especial, para hacer no una, sino unas centenas de *pópulo*, y para disparatar á todo sabor y pleno conocimiento.

Este tonsurado príncipe y unos cuantos hidalgos de su semejanza y concordancia, que olvidados del deber de buenos españoles se arrastraban vilmente por el lodo de los palaciegos alemanes, se dieron tan brava traza en sus deslices, torpezas y escándalos, que á poco de la partida del pupilo imperial tenían contra sí en armas la España toda, apellidando «¡Santiago y la comunidad!» La tierra de Campos no fué la que menor parte tomó en esta gloriosa cuanto infausta contienda; y su aspecto á la sazón presente no era el mas á propósito para infundir en el menguado pecho de los flamencos y sus allegadizos mas esperanzas que las de quedar en un cerro alanceados como jabalíes, ó en su defecto la picota como porvenir lógico de todo quien vende la

patria al extranjero, y mira lo ajeno como botín de conquista. La reina madre tenía fija su estancia en Tordesillas y prestaba el apoyo de su nombre, fuese como quiera, á las quejas, aprestos y autoridad de la Santa Junta. El bravo y generoso prelado de Zamora dominaba con sus ginetes de iglesia y demás gentes de su bandera la vega que se tiende á lo largo entre los alcóres de Zúñiga y la corriente del Sequillo hasta las cercanías de Toro. En Valladolid ardía con vehemencia la hoguera del entusiasmo popular, y era el centro de acción y de vida para el gobierno de la comunidad: así como Medina de Rioseco era el asiento y laboratorio de los farautes imperiales. Vanamente se ayuntaron en esta villa al amparo de la bandera del almirante el gobernador Adriano y los asendereados caballeros que componían su odioso cortejo. En ello mostraron bien poco seso y no gran pericia en estratégicos y marciales achaques; pues fué lo mismo que dar el zorro en la boca del arcabuz. Mas el miedo es un consejero menguado, y la villa de don Fadrique tenía fuertes y bien conservadas murallas, mientras que á campo raso andaba el diablo en Cantillana. Y si no digalo el marqués de Astorga y sus doscientas lanzas, cuando en Villabrúmina se halló mas cerca de los ballesteros de Acuña que lo que conviniera á la salud de sus cuerpos y conservación de sus ropillas. Por esta y otras humoradas de los comuneros, que por lo visto no perdían ripio, se veían los flamencos y comparsa empaquetados en la villa, y ceñidos en un círculo de hierro (como hizo patente el almirante en un giro de estupor oratorio) cuyo círculo, que tenía por eslabones y argollas y candados, robustos castillos y animosos tercios con sendas ciudades, villas y lugares, ibase cerrando cotidianamente, poniendo á tan aprovechados varones en punto y estremo de darse al diablo, si con ellos se quisiera honrar. Don Pedro Giron, implacable y poderoso, sentaba sus reales en Tordehumos, sostenido en su flanco débil por la terrible falange de Acuña, y garantido á retaguardia por la excelente plaza de Zúñiga, donde mandaba por derecho de familia. La fortaleza de Torrelobaton, celebrísimo baluarte después del héroe comunero, colocada sobre el camino de Tordesillas, cerraba el acceso de los encastillados imperiales á aquella corte, que les dejaba por aquí sin esperanza de salvación. Para Galicia les tenía cortados Giron, que prolongando su ala izquierda por Cebreros y Villafrauctuosa, obraba sobre Villalpando y tomaba el Esla, el Órbigo y el Cea, con movimientos fáciles y seguros, sin perder de vista á Rioseco, ni dejar su base de operaciones. Y después, mas arriba, vigilaba aquel derrotado Leon, y hacia imposible la retirada hasta los puertos. El gobierno del emperador, en suma, no tenía más tierra que la que pisaba, y desde la atalaya riosecana veíanse los vivaqueadores comuneros recorrer francamente las alturas de Radilla y Almenara y tremolar el morado pavés en todas las fortalezas á la redonda.

(Continuará)

## JUSTA Y RUFINA.

CUENTO

por Fernán Caballero.

(Conclusion.)

La señora hizo señá á un monacillo, que se apresuró para traer de la sacristía una vasija con agua. La infeliz paciente bebió con ánsia, sostenida por la señora que la había incorporado y apoyado su cabeza sobre su pecho, y por un momento sus tormentos le dieron treguas.

—Quiero confesar, dijo con débil voz.

—Aun no ha venido el cura, repuso con angustia la señora, que veía ya dibujarse la herradura de la muerte en aquel rostro tan bello y padecido. Ve á avisarlo, prosiguió dirigiéndose al monacillo; y luego añadió alarmada dirigiéndose á la moribunda: ¿acaso pesa algo grave sobre tu conciencia, pobre hija mía?

—Ah no! solo una cosa.

—¿Y qué es?

—Que no amo á mi madre.

—¿Se lo has demostrado?

—No.

—¿Le has faltado al respeto?

—No.

—¿No la quieres, acaso porque ames contra su agrado á otra persona que no deberías amar?

—Oh no! no amo mas que á Dios, á la buena tía María que me lo hizo conocer, y á vos, señora, que me habeis compadecido y asistido, á vos, que sois tan hermosa y tan buena, á vos os amo.

La moribunda llevó á sus labios la blanca mano de Justa, que besó.

—Pues entonces, dijo esta, abrazando con lágrimas de compasión y de ternura á aquella dulce y doliente criatura, te digo para tranquilizar tu espíritu, que si murieses, tu alma inocente que ansia por

su Dios, lo hallará propicio, pues es padre de todos; pero lo es con especialidad de los desamparados; para estar pura y dispuesta á parecer en su presencia, bastan tus buenas disposiciones y este agua bendita que te absuelve.

La señora persignó á la moribunda con sus dedos aun húmedos del agua bendecida.

Entonces la moribunda levantó sus grandes y pupilos ojos al altar, y una espresion de éxtasis se esparció como un rayo de sol en su rostro, que lo volvió sublime como el de una de las vírgenes mártires, joyas del cristianismo que tuvieron la gloria de ayudar á cimentarlo.

—Señora, dijo con apagada voz, Dios os premie la caridad que conmigo habeis ejercido! Yo tenia miedo, ah! mucho miedo! ya no lo tengo, aunque sé que en breve... me acostarán... en un hoyo oscuro y frio... que se irán... y allí me dejarán sola, sola... pero vos me recordais la oracion que me enseñó mi buena maestra para no tener miedo, y la que ahora brota de mi corazon á mis labios.

A acostarme voy  
Sola sin compañía;  
La virgen María  
Está junta mi cama;  
Me dice de quedo...

La infeliz no pudo seguir, y Justa, que recordó con viva emocion esta misma ingenua y santa oracion infantil que la enseñara su madre, la concluyó añadiendo:

Mi niña reposa,  
Y no tengas miedo  
De ninguna cosa.

—¿Sois mi madre la Virgen? dijo la pobre niña, cuyos sentidos turbaba ya la muerte, fijando en Justa sus ya quebrados ojos.

—No, no lo soy, hija mia, pero puede que la señora me haya enviado para auxiliarte.

—Sí, sí; lo sois, murmuró la agonizante; madre... madre mia... conducid mi alma á vuestro hijo, pues... en él creo... á él amo... en él espero.

—Que te ha de perdonar y salvar, amen, oró Justa al recibir sobre su seno el último suspiro de la infeliz niña.

En este instante entraron precipitadamente el cura, el sacristan y otras personas que se apresuraron á llevarse el cadáver á la sacristía.

Justa quedó postrada ante el altar: las lágrimas la ahogaban, y un temblor vehemente agitaba sus miembros; sus manos que alzaba al altar se cruzaban convulsas. El profundo dolor que causa la lástima, que no halla mas refugio que en Dios, la hacia elevarse con exaltacion hácia aquel que todo lo recompensa, hácia aquel que siendo todo amor es el sublime iman del corazon amante.

Mas su delicada organizacion moral y física no pudo resistir á la impresion que la desgarradora escena en la que su valor de católica le dió fuerzas para actuar tan caritativa y valerosamente, habia producido en ella... Se sintió indispuerta, y se levantó para volverse á su casa.

Cuando salió de la iglesia ya el sol campaba en el cielo, radiante, despejado como el rey de la alegría; pero el alma de Justa estaba triste hasta morir. La imagen de aquella suave y hermosa niña que en su agonía habia visto presa de las mas crueles torturas corporales, mientras su alma era la mansion de los mas puros y dulces sentimientos, la conmovian en opuesta manera del modo mas violento. Habíase apoderado de su alma una de aquellas profundas y lúgubres tristezas, que tan estrecha, tan negra, tan rodeada de horrores hacen al alma su cárcel; una de esas angustias tétricas y agitadas, que hacen que el corazon, cual un pájaro azorado en su jaula, se agite en el pecho ansioso por tomar su vuelo en el espacio. ¿Seria que sentia el corazon lo que al alcance del conocimiento no estaba? ¿Haciale sentir sin expresarlo, que en sus brazos acababa de morir su hija?

Aquella tarde salia un entierro solo y pobre de en casa de Rufina; el cadáver no llevaba caja propia é iba en la caja comun. Las vecinas que lo miraban salir murmuraban sordamente como las olas cuando con serena atmósfera hay mar de fondo.

—Qué entierros! esto es una iniquidad! dijo una de ellas dirigiéndose á la tia María que lloraba sin consuelo: ¿ni siquiera lleva palma?

—Vosotros no las veis, contestó la anciana, pero lleva esa bendita cosa; una de pcreza que le ha puesto la Virgen á un lado, y otra de martirio que le ha puesto Nuestro Señor Jesucristo al otro.

—¿Pero por qué no lleva caja blanca y celeste? preguntó otra.

—Porque con ese cadáver de virgen se entierra un negro atentado, contestó la anciana.

—¿Qué quereis decir con eso, tia María?

—Nada, nada, contestó esta; lo que os encargo es, que cuando acabeis el rosario, no olvideis nunca el padre nuestro por el alma sola,

pues aunque nada tendrá que expiar esa inocente, á Dios agradan las oraciones, sobre todo si se hacen por sus hijos predilectos, los desamparados.

#### EPÍLOGO.

Si encontrais en la ciudad de Z\*\*\* á una señora de semblante hermoso y apacible, de talante grave y modesto, de maneras afables y dignas, que viste con humilde pulcritud, encaminándose hácia la iglesia en que está el jubileo, á quien todos los que pasan dejan con respeto la acera, descubriéndose con reverencia sus cabezas, á quien los ancianos sonrien y los pobres bendicen, esa es la empobrecida Justa Villamencia.

Si una tarde de toros veis pasar por el paseo con direccion á la plaza una carretela descubierta en la que se rellana un mal cantante italiano con un cigarro en la boca y á su lado veis una mujer ahuecada con farbalaes y mirinaques, cuya pálida, descarnada y adusta cara aparece entre una aureola de moños, flores y blondas; si veis que al pasar cerca de ellos vuelven los caballeros con disgusto la cara, los jóvenes casquivanos se rien, y que las gentes del pueblo escarnecen con ese desprecio triturador del fallo popular, tan infalible cuanto espontáneo, esa es la enriquecida Rufina.

Algunos años después, disipado su caudal, destruida su salud, robada y abandonada por sus despreciables amantes, moria Rufina en un hospital, conmoviendo y compadeciendo á las santas hermanas de la Caridad por el modo aterrador con el que en su frenesí y en su agonía repetia: ¡Piedad! ¡Piedad!

### MADRID EN SEMANA SANTA.

#### Romance.

No á la ciudad de los Césares,  
ni á las ruinas de Sion  
á entonar fuistes, amigo,  
el santo «yo pecador»  
ni á las márgenes del Betis  
te llevó tu devocion  
á rezar con la Giralda,  
veleta que anda en calor.  
Sobre renglones de hierro,  
y con mulas de vapor  
al ex-aurífero Tajo  
te aproximaste veloz.

Tú, que anticuario no eres,  
aunque eres pollo y leon,  
nada hallarás remarcable  
en pueblo tan sin valor.

Calándote pues los lentes  
escucha con atencion  
lo que en la Santa Semana  
acá en la corte pasó.

Segun antigua costumbre  
bufó mucho el aquilon,  
y al escondite jugaba  
entre lágrimas el sol.

Las doncellitas cesantes  
desde quince á... ochenta y dos  
sus ayunos demostraban  
en sus caras de dolor.

Hasta el sol del quinto cielo  
con sostenido y bemol  
se elevaban las carracas,  
instrumentos de pasion.

Llegó el domingo de Ramos,  
y á Madrid entapizó  
con áureas palmas trenzadas  
con lacitos de color.

Dió la oliva de sus ramos  
crecida contribucion,  
y de barbas de romero  
cada monte se afeitó.

¿Cuál las iglesias y calles  
llenaba de inculto olor,  
de mal tono y nada grato  
á los nervios com' il faut!

Bosques de palmas andando  
eran los templos de Dios,  
y en cada cual de chiquillos  
se escondia un escuadron.

¡Dichosos papás que luego  
enlazaban con primor  
aquellos ramos benditos  
en los hierros del balcon!

Mezclados, martes y miércoles,  
cada ciego publicó  
proclamas, hojas volantes  
y la Pasión del Señor.

El Jueves y el Viernes Santo  
¡pásmate de admiración!  
en Madrid con ser Madrid  
ningun coche atropelló.

Encerradas las berlinas,  
las yeguas y los landós  
¡fraternidad envidiable!  
cada quisque era peon.

Vistiendo luto las bellas,  
con elegante fervor,  
ostentaban sus hechizos  
de estacion en estacion.

Para correr las iglesias  
cada cual se engalanó,  
no porque yendo de gala  
nos escuche Dios mejor;

No: que sus ojos penetran  
el humano corazon;  
mientras los ojos del hombre  
solo ven el exterior.

Solo alguno que otro pobre,  
no viendo el bando creyó  
que era lícito aquel día  
implorar la compasion.

Por lo demás, ¡cuánto lujo!  
¡qué trajes! ¡qué joyas! ¡oh!!!  
¡qué opulencia hay en España...  
de trapos y similor!

De plata en ricas bandejas  
y en espléndido monton  
deslumbraban los retratos  
del francés emperador.

Filantropicas señoras  
hacían la *cuestacion*,  
y un lacayo ingerto en loro  
era su guardia de honor.

Vertiendo risa llegaban  
uno á uno y dos á dos  
los amigos á entregarles  
su igual y espontáneo don.

«Todas son recién paridas  
(uno de Pinto exclamó),  
pues todas tienen al lado  
su fruto de bendicion.»

Acabó el jueves; y el viernes  
al punto que amaneció  
vi en la plaza de Afogados  
aguardiente y devocion.

Oí las siete palabras;  
y vi que el Hijo de Dios  
mas dijo en aquellas siete  
que en mil el predicador.

Fuí por la tarde á la casa,  
para ver la procesion,  
de un hermano del amigo  
del primo de tu tutor.

Con adoquines humanos  
la carrera se empedró,  
y hecho manojo de gente  
estaba cada balcon.

Al ver la caballeria,  
por miedo de alguna cox,  
al mar rojo parodiando  
la multitud se partió.

No te diré quienes iban:  
tú lo has visto como yo  
viéndolo el año pasado,  
y el otro y el anterior.

Mucho niño, mucho cura,  
mucho cofrade y pendon,  
mucho pobre bernardino,  
«oros y árias de fagot;

judios, desamparados,  
gallegos con dominó,  
sotanas, sables, tricornos,  
képis, bonetes, chacós.

En fin, todos de uniforme,  
porque ¡inocente afición!  
en pudiendo disfrazarse  
ya es feliz todo español.

Por supuesto hubo carrerras,  
que en tal día es de rigor;  
algun pañuelo de menos,  
de mas algun pisoton.

Por un *similia similibus*  
resucitó el Redentor,  
andando á tiros el sábado  
casi media poblacion.

Nada en la Pascua Florida  
de notable sucedió,  
sino algunas frioleras  
que guardo para *inter nos*.

Dale pues un par de besos  
á la puerta del Cambron;  
consérvate bueno y manda  
á tu amigo y servidor

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

## EL TIMON Y EL PILOTO.

«¿No ves que arrecia el noto  
Y la mar erizada se embravece?  
Mira, mira, piloto,  
¡Qué oscuro aspecto el horizonte ofrece!  
No de vana firmeza  
Hagas alarde y de valor insano:  
Acude con presteza  
A precaver el mal con hábil mano.  
En el puerto vecino  
Marcha á buscar al punto salvamento;  
Y no terco el camino  
Que emprendiste, prosigas contra el viento.»  
Al piloto así hablaba  
Un timon que el Océano espacioso  
Intrepido cruzaba  
Desde el Ganges al Támesis brumoso.  
«Al menos, añadia,  
Riza la gavia, cala arboladura,  
Y tu rumbo varia:  
Cede del temporal á la bravura.  
¡Que crece la tormental  
Permíteme virar, ó naufragamos.  
Avisado, escarmienta,  
Pues á mil buques sucumbir miramos.»  
«Mi rumbo no vario,  
El piloto responde con despecho:  
A la mar desafío,  
A la tormenta y temporal deshecho.  
Si titulan prudente  
Al que se dobla y cede á la violencia,  
Renombre de valiente  
Me dará mi obstinada resistencia.  
Si vence poderosa  
La tempestad, os hundireis conmigo,  
Y una muerte gloriosa  
Hallaré, si mi triunfo no consigo.»  
Cual montes que su frente  
Al cielo elevan y en la nube ocultan,  
Las olas de repente  
Se arrojan sobre el buque y le sepultan.  
Su tenaz resistencia,  
Creyendo mil un rasgo de heroismo,  
Lanzan con imprudencia  
Las naciones que rigen á un abismo.

PASCUAL FERNANDEZ BAEZA.

Director y propietario. D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.